

Murió murmurando: "Dormir, por fin voy a dormir".

La traición de Jorge Sand se verificó en 1834: la muerte de Musset ocurrió en 1857, durante 23 años el poeta ha llevado en el fondo de su corazón esta plaga, que, después de minar, concluyó llevándoselo.

Le teníamos lástima.

Como lo acabamos de hacer notar, Musset no ha sido curado, pues para curar un gran dolor, es menester accionar, es decir, la acción exterior; es preciso consagrarse a una gran obra, una obra que requiera la movilización de nuestra inteligencia. La curación nos deja solos, con nuestro padecimiento, desamparados, pasivos. Al principio era la acción, decía Goethe en *Fausto*, eso sí, la vida, es la acción, es el esfuerzo, el exceso. Así la canta Víctor Hugo:

*Ceux qui vivent, ce sont ceux qui luttent, ce sont
ceux dont un dessein ferme emplît l'âme et le front*

*... ..
Ceux là vivent, seigneur, les autres, je les plains.*

Luis Lamothe.

<https://doi.org/10.29393/At351-352-207VSDC10207>

VIDA Y SUGESTION DE UN LIBRO

(Notas de un lector de *Al encuentro del hombre*, de Arturo Aldunate Phillips).

Uno vuelve la última página de este libro y, lo primero que se le ocurre, es adquirir vorazmente más obras sobre estos temas apasionantes. El autor ha tenido la habilidad de acercarnos a algo, complejo y simple al mismo tiempo, y cuajado de incalculables posibilidades. Un susurro opaco nos avisa dentro de nosotros,

que ese algo velaba oculto en nuestro interior sin encontrar un cauce para expresarse. Pero ahora es diferente. El libro que acabamos de concluir, ha abierto sin temor —tal vez impudicamente sea la palabra— una serie de puertas y, a través de ellas, asoman los rayos de “una clase de luz” que hace vibrar al Universo y al Hombre con una autenticidad en la que reconocemos en seguida la cálida temperatura de los velos más íntimos de la verdad. Ya la “luz cotidiana” nos parece falsa y muchos de los conceptos que nos inculcaron a cucharadas —y que nos sonaban huecos y pobres— toman un nuevo sentido y apuntan una fresca posibilidad de riqueza.

Pero Arturo Aldunate —que así se llama el autor que encendió nuestra apremiante sed— nos deja con el alma en un hilo. Nos enseña el brillo puro de la bola de marfil y luego la esconde bajo la manga. “Búsquela usted ahora por su cuenta —parece decir con una sonrisa amable—, los hombres de ciencia de nuestro tiempo, le ayudarán en la maravillosa tarea...”

Aldunate Phillips es, en realidad, un escritor modesto, en su volumen de ensayos titulado *Al encuentro del hombre*, se presenta humildemente como un *lector* que entrega las impresiones de sus lecturas a sus amigos “los ajetreados seres contemporáneos”. Reproduce, en la primera página del libro la frase de Séneca: “Debemos imitar a las abejas que vagan entre las flores útiles para la composición de la miel. Así nosotros debemos convertir en un solo y propio sabor, lo que recibimos de las varias lecturas...”

Como una excepción en el dilatado océano de la vanidad literaria, Aldunate no quiere ser *autor*. “Este ensayo —confiesa— no pretende de obra científica... Sus capítulos sólo aspiran a ser miradores que muestren a muchos desorientados y equivocados nuevos horizontes a los cuales dirigir sus miradas en los momentos de incertidumbre, de escepticismo o de hastío... Sólo hemos querido reflejar los nuevos conceptos y las nuevas realidades de los pensadores y hombres de ciencia de nuestros días...” Sin embargo, como todo el que pretende poco, el autor consigue más de lo

que se propone. Al encaminar a sus lectores "al encuentro del Hombre", al indagar en la ignorada ecuación en que habría que colocar la gran incógnita humana para poder despejarla, Aldunate enciende en nosotros nuevas e inesperadas llamas. Ya la curiosidad se desató y no podemos hacer nada —ni queremos— por contenerla. Quien lea este libro a fondo, reposando algo en algunas de sus páginas, nos acompañará en esta ansiosa busca de "algo más" sobre cada tema. Al volver su última página, nos aguardan —dispuestos a ofrecernos luminosas explicaciones— el "poético físico" Arthur Eddington, con su sorprendente perspectiva científica del mundo actual; el profesor George Gamow, con sus clarísimos conceptos sobre el espacio, el Tiempo y el infinito; Max Plank, "el mago de los cuantas"; de Broglie y tantos otros.

Alguien, creo que fué un oriental, dijo que "a veces es más bello y completo el reflejo del árbol en el agua, que el árbol mismo..." Con la obra de Arturo Aldunate pasa algo parecido: su "reflejo" de lo más esencial de la literatura científica es tan sugestivo, tan insinuante, que nos conduce —como un estimulante sendero— hacia el "árbol original", que nos aparece así tan lleno de poesía y de misterioso contenido como su imagen.

* * *

Las páginas de *Al encuentro del Hombre* —y son 200— no pueden dejar de tocarnos hasta lo más hondo. Aquí no cabe encogerse de hombros; tal vez encogerse —humildemente— de asombro. Cada tema de los diez capítulos, en su aparente diversidad, lleva marcada una meta final: el origen y el destino del Universo y de nosotros mismos, la esencia de nuestro ser y nuestra posición en el Cosmos. Cada línea crece en interés, nos sentimos protagonistas de cada párrafo. Las frías fórmulas matemáticas han sido hábilmente eliminadas, el esqueleto árido de los razonamientos ha sido eludido. Aldunate nos ha dejado lo mejor: la Filosofía de la

Ciencia, lo que de ella nos atañe: su poesía, su asombrosa sutileza, las dudas derrumbadas y las nuevas interrogantes, aparentemente cada vez más próximas a una verdad final que —según todas las trazas— es, sin embargo, humanamente inalcanzable.

Al recorrer el libro, saltan ante nosotros atractivos problemas, nuevos atisbos del hombre de hoy ante el misterio alucinante de la creación. El lector se detiene. Se habla de "la edad del Hombre". ¿Somos viejos o jóvenes? ¿Es cierto el tópico de la "experiencia de la vieja especie humana", acumulada en el transcurso de los siglos? Ayudado por el astrónomo Desiderio Papp —y a la luz de la ciencia contemporánea— Aldunate nos hace comprender nuestra condición de recién-nacidos, de balbuceantes seres recién asomados a la vida.

"Podemos considerar —nos informa el autor— que la tierra tiene una existencia aproximada de 2,000 millones de años y que el período precambriano, del cual datan los primeros vestigios de vida en forma de depósitos locales de carbón, se remonta a unos 1,700 millones de años. El hombre habría levantado su cabeza sobre el planeta, hace sólo un millón de años..." Pero Aldunate, sabe que los millones de años marean. Por eso nos trae a Papp, para que nos explique lo mismo, pero en una escala "más doméstica", más al alcance de las medidas humanas...

"Imaginémonos —dice— que toda la historia de la tierra, a partir de la solidificación de la corteza terrestre, hubiese transcurrido en 24 horas, o sea, que el cúmulo de millones de años transcurridos desde el origen de nuestro planeta equivaliera de este modo a sólo un día y una noche..."

Hora por hora, como en una cinta cinematográfica, va apareciendo ante el lector la historia condensada de nuestra modesta morada terrestre. A las 5 de la tarde, comienzan a evolucionar los primitivos pobladores de los mares; cerca de las diez de la noche, los dragones prehistóricos emprenden su aventura de conquista de los océanos... Pasa el tiempo, llegan las 11 de la noche y el

planeta —profusamente habitado por mamíferos— aún no conoce al hombre.

“Sólo falta un minuto para que dé en el reloj la medianoche y nada se vislumbra todavía del hombre. Al fin, cuando faltan 34 segundos para las 12 campanadas, aparece en el “teatro de la vida” el hombre primitivo, nuestro *antepasado y contemporáneo*. Una sexta parte de segundo antes de las 12 de la noche, construye su pirámide el faraón Cheops y “todo el drama de la civilización, queda reducido a una fracción de segundo, a un ínfimo instante...”

Aldunate toma este impresionante ejemplo; lo sopesa, lo mide y lo aplica a su designio de hallar la escala cósmica del Hombre, de precisar sus límites y su destino. Acabamos de nacer; en el inmenso transcurso del tiempo, la existencia de nuestra especie apenas puede medirse con fracciones infinitesimales de “segundos de eternidad”. Pero eso mismo —insinúa el autor— “sugiere todo el porvenir, la inimaginable posibilidad de perfeccionamiento y desarrollo del hombre y su inteligencia...” El Hombre es joven y apenas aventura sus primeros pasos. Es, también, minúsculamente pequeño, pero “no puede negarse la extraordinaria fuerza de penetración de su mente para incursionar en los misterios de la creación, sorprender sus leyes inmutables, y ordenar sus fenómenos”.

* * *

Después de situar al Hombre, después de limitarlo en humildad y grandeza, el autor se lanza “al encuentro del Universo”. El ritmo crece. Pero el escritor sabe muy bien contener al lector al filo del vértigo.

¿Qué “libro de ficción”, qué imaginativa trama, podrían encantarnos con la fuerza de esta clara visión de la *trama* universal entera, e incluso de su “ficción”...? Los conceptos más comple-

jos, los descubrimientos actuales más sutiles, aparecen aquí con vívida claridad.

En realidad, nos extrañamos al *entender* cosas, que creíamos fuera de nuestro alcance, y de muy laboriosa asimilación.

Pero todo tiene su secreto. Arturo Aldunate es ingeniero, matemático y profesor. Además de todo eso —y por encima de eso— es poeta y sabe obtener de una fórmula de la nueva física, o de una especulación de Einstein, un acento de belleza y de armonía. Sabe explicar, conoce rigurosamente lo que explica, y sabe envolverlo todo en estilo humano y lírico a la vez, que *llega* hasta el lector, sin que éste mismo se dé cuenta. Nunca sentimos esa vaga sensación de hielo que es frecuente en los libros científicos. Aquí, cuando una concepción nos conmueve, o nos emociona, notamos al autor emocionado y conmovido antes que nosotros.

* * *

Y así, conducidos por un guía humano, experto y sensible, vemos desfilan la impresionante cabalgata, en la que la ciencia de hoy muestra sus novísimas y mágicas concepciones, que han derribado la física clásica, que han cambiado la faz de la química, y han estremecido los horizontes tradicionales de la astronomía.

Los temas apasionantes se suceden como relámpagos. Nos asomamos a la abismante inmensidad del Macrocosmos, con sus millares de millones de astros. Conocemos los nuevos conceptos einstenianos del "espacio curvo", del "Universo finito e ilimitado" y del tiempo "esa misteriosa dimensión fundida con el espacio..." Medimos —con gráficos y sobrecogedores ejemplos— el vacío interestelar; la soledad de los cuerpos celestes. Investigamos las últimas especulaciones de los científicos sobre la posibilidad del desarrollo de la vida en otros astros... Ya no podemos detenernos. Descendemos al Microcosmos —al mundo igualmente prodigioso de los átomos— y observamos que se repite aquí, en otra escala, el

mundo de sombras que tanto nos sobrecogió "arriba". La materia "también está vacía y el átomo es tan poroso como el sistema solar".

Todo gira, todo obedece a un mismo designio inescrutable, y en lo infinitamente pequeño y en lo infinitamente grande, el autor nos señala su fervorosa fe en una Ordenación Suprema.

Para que el atrevido vuelo del lector cobre calor humano, Arturo Aldunate nos acerca a los investigadores de nuestro tiempo; a los hombres que han realizado los descubrimientos más inauditos de nuestro siglo. Los vemos discutir, expresar sus dudas y sus razones, vacilar y afirmar. Son "*sabios modestos*" y espiritualistas. No adoptan la actitud "materialista y presuntuosa" de los sabios del siglo pasado, que "creían que todo era demostrable y que nada podría oponerse al camino inexorable de la ciencia..."

Los investigadores de hoy son diferentes. Por lo mismo que han alcanzado progresos formidables, por lo mismo que parecen haberse aproximado a "las puertas finales de la verdad", saben que éstas —a última hora— se hacen más herméticas e infranqueables.

Parece que nos está permitido *acercarnos* a los íntimos secretos de la creación, pero una fuerza invisible los oculta cuando ya parecían al alcance de la mano...

"Por desgracia para estos avanzados pensadores —reseña el autor— el camino de la ciencia es cada vez más múltiple e interminable. Cada nuevo descubrimiento, lejos de acercar a los investigadores a la verdad última tan buscada, amplía los horizontes, multiplica las incógnitas..."—*Darío Carmona*.



"RESUMEN DE LA HISTORIA DE CHILE", de Francisco A. Encina, por *Leopoldo Castedo* (Editorial Zig-Zag, 1954, 2 volúmenes)

Leopoldo Castedo forma junto a Arturo Soria, José Ricardo Morales, Eleazar Huerta, Antonio R. Romera y Vicente Salas Viú en